

La tensión de la risa floja

FELIPE BENÍTEZ REYES

La palabra *humor* es extraña. Etimológicamente, designa los líquidos en general, incluidos los del cuerpo, definidores —con arreglo a la tradición hipocrática— del temperamento de cada cual: la bilis amarilla, la bilis negra, la flema y la sangre, al albur de lo que te toque como predominante. (Buena suerte.) A partir de ahí, del sentido originario, ya saben ustedes: podemos estar de humor para algo en concreto —o incluso para algo indefinido— o no estarlo para nada ni para nadie, podemos estar de un humor excelente o de un humor de perros, podemos tener un sentido del humor negro o blanco, absurdo o satírico, o carecer de él y andar por la vida como un estandarte de la severidad, preferiblemente con el ceño fruncido. Etcétera.

Pero hoy, dado que la revista *Litoral* ha decidido ponerse un gorro con cascabeles y hacer unas cabriolas bufas para regocijo de los aficionados a sus aventureras navegaciones, toca hablar del humor —del buen humor— en la literatura y en las artes más o menos en general, lo que no es hablar poco, especialmente si se tiene en cuenta que cuanto menos se hable de algo en este mundo, casi mejor para todo el mundo, incluido el mundo mismo.

Teorías, conjeturas, divagaciones y opiniones sobre este asunto del humor las hay de todo tipo, ya sean más o menos científicas o meramente intuitivas, más o menos empíricas o testimoniales, nacidas de la observación clínica en un laboratorio de fenómenos psicológicos o de la experiencia personal en el difícil arte de provocar la sonrisa —o, en los casos de afán más irreflexivo, la carcajada— de la gente. Si tienen interés en ellas —incluidas por supuesto las trepidantes suposiciones aristotélicas y freudianas, pongamos por caso—, sólo tienen ustedes que buscarlas, analizarlas y aprendérselas de memoria cuando dispongan de un rato de ocio, aunque les advierto que en casi todas encontrarán más información que motivos de risa, tal vez porque no hay cosa menos recreativa que una teoría del humorismo, dado que el humor tiende a ponerse demasiado serio —como nos pasa a todos— en cuanto se ve tendido en una mesa de disección.

Comoquiera que hoy sólo estoy de humor para hablar del humor tal como lo entiendo y lo percibo, al regirse el humor por parámetros más individuales que genéricos —a pesar de que no falta quien se arriesga a catalogarlo incluso por regiones—, les sugiero que se salten los párrafos siguientes y pasen a regocijarse con las muchas imágenes y con los muchos textos que se ofrecen en este alegre y heteróclito florilegio, ya que los prólogos acaban siendo más inútiles que los epílogos, y ya es decir, hasta el punto de que estoy en condiciones de asegurar que pueden contarse con los dedos de las manos las personas que han leído más de dos o tres prólogos a lo largo de su vida.

... Dando por hecho que han aceptado ustedes mi sugerencia de saltarse estas páginas, esfumándose como los pañuelos encantados del ilusionista, a partir de aquí, de este instante preciso, sabiendo que no me lee nadie, puedo escribir con absoluta libertad, esa libertad que resulta indispensable para decir banalidades sin cargo alguno de conciencia, que es lo que todos tratamos de conseguir en nuestro paso vertiginoso por el mundo de las apariencias platónicas: charlotear de manera irresponsable.

De modo que allá voy... (Y hasta la próxima.)

Bien. Para mí, como lector y como escritor, el humor lo entiendo más como un instrumento que como un fin, más como un vehículo que como un propósito en sí mismo. Ese humor que sirve para otra cosa que no es exactamente la creación de un efecto humorístico. El humor, en suma, que te lleva a un espacio que no es en exclusiva el del humor, el del puro y regocijante divertimento, que es algo, por otra parte, que no está nada

mal. Sin ir más lejos, el humor resulta idóneo para tratar asuntos de una esencia metafísica aterradora: el mundo como guiñol, nosotros como absurdas marionetas... Y es que la comicidad puede ser una derivación insospechada de la seriedad: todo Hamlet lleva dentro su Yorick, a veces muy a su pesar y a veces sin saberlo. (Y, si se piensa, no sabe uno si resulta más cómico el hecho de ser la calavera de un bufón o el de ser un príncipe pesimista que monologa ante la calavera de un bufón y que lleva unos pantis y un puñalito al cinto.)

Una risa viene a ser el resumen de nuestro estupor o de nuestro júbilo ante la vida, aunque, paradójicamente, no tengamos ningún motivo para reírnos. Incluso la risa histérica no deja de ser risa. Incluso la risa provocada por el pánico es una risa, quizá —eso sí— la variante menos recomendable y más desconcertante de todas las risas posibles: vas por un camino anochecido de Transilvania, pongamos por caso, se te presenta de pronto el conde Drácula y a ti te da por reírte. Por puro pánico. (Y el conde, como es natural, se pregunta: «¿De qué se ríe este infeliz?», y, por instinto, se mira la bragueta, por si la lleva abierta, o la pechera del frac, por si acaso tiene allí una ridícula mancha con textura de *ketchup*.)

El humor, insisto, no sólo sirve para hacer reír, sino que también resulta indispensable para interpretar la condición humana desde el rigor del realismo. La solemnidad no sólo suele ser el disfraz del aburrimiento, sino también un falseamiento del tono verdadero de la vida interior y exterior de cualquiera, que oscila de forma más o menos involuntaria entre la excelsitud y la comicidad: a las 6 p.m., un hombre que acaba de entrar en la cincuentena puede estar leyendo a Wittgenstein, a las 6.45 p.m. puede llegar a la conclusión de que para la próxima temporada veraniega lo que más le conviene, una vez rebajado el arco de su barriga, es comprarse un bañador con estampación de piel de leopardo, a las 8 a.m. del día siguiente puede estar fantaseando con viajar a Bora-Bora y echarse allí tres o cuatro novias nativas y a las 10 p.m. puede estar leyendo de nuevo a Wittgenstein. Y es que esto de andar por el mundo es una experiencia fascinante, y a menudo aterradora, pero también es bastante absurda y ridícula. De modo que si prescindimos del humor, le mutilamos tal vez la mitad del relato.

Tomarse a uno mismo demasiado en serio suele ser una forma como cualquier otra de vanidad ontológica aguda, por así decirlo, y el primer síntoma suele ser la afición al dogma, al pensamiento inflexible, sin tener en cuenta que tal vez todo cuanto se nos pasa por la mente no deja de ser la broma mecánica de un entramado neuronal del que más vale no saber mucho, por lo que pudiera revelarnos de nosotros mismos, y de ahí el peligro de las investigaciones neurológicas, que el día menos pensado van a darnos no sé si un susto, un disgusto o una sorpresa, o muy probablemente las tres cosas a la vez.

Digamos que el humor, tanto el literario como el gráfico, te permite expresar asuntos severos de una manera amable y educada y formular cosas divertidas de una manera muy seria y a menudo hiriente; es decir, sin caer en el tremendismo ni en el mero chiste, aunque les confieso no tener nada en contra del tremendismo, que viene a ser el pariente cateto del dramatismo, ni mucho menos del mero chiste, que a tantos comensales ha salvado, en el sopor de las sobremesas, del peligro de los monólogos superpuestos y de los relatos épicos del prójimo. El humor resulta muy práctico además para poder contar las tragedias con verosimilitud, puesto que las tragedias contadas en un tono trágico no se las cree casi nadie, excepción hecha —y no siempre— de sus protagonistas: todas acaban recordándonos a don Mendo, y lo más trágico de ellas es que aburren mucho, salvo que tengamos la fortuna, ya digo, de que nos den risa, aunque nadie pueda sentirse orgulloso de tomarse a chacota las tragedias ajenas. El humor sirve, entre otras cosas, en suma, para contar historias tristes e incluso pavorosas, ya sea la de un hidalgo majareta que cree ser un caballero andante o la de un viajante de comercio que amanece convertido en un insecto monstruoso, ya sea la de un pederasta de temperamento lírico que anda a la caza de

nínfulas como quien caza mariposas o la de un menesteroso nacido a orillas del río Tormes al que su madre echa desde niño a los caminos inciertos para que se gane, ya que no un porvenir propiamente dicho, sí al menos un mendrugo.

En contra de lo que suele ser habitual, al humorista literario creo que le conviene un adjetivo: humorista moralista, humorista pesimista, humorista vitriólico, humorista absurdo, humorista racionalista, humorista surrealista... Lo malo es tal vez que se quede en humorista a secas, pues los humoristas a secas suelen tener muy poca gracia, precisamente por estar condenados a tener una gracia indesmayable. Pero, aparte de un adjetivo, al humorista lo que de veras le viene bien es contar con un buen apellido: Rabelais o Cervantes, quienquiera que escribiese *El Lazarillo* o Sterne, Swift o Thackeray, Nabokov o Chesterton, Bergerac o Bocaccio, Monterroso o Ibargüengoitia, Fernández Flórez o Gómez de la Serna, etcétera, por esa cosa que tiene la historia de la literatura de escribirse más con nombres concretos que con ideas abstractas.

Adjetivos y apellidos aparte, tal vez habría que distinguir entre el escritor que tiene el humor como una herramienta más de las muchas con que construye sus ficciones y el autor que tiene el humor como meta. O dicho de otro modo: entre el humorista y el cómico. El primero puede hacer que te rías de cosas que no tienen ninguna gracia; el segundo suele partir de la premisa de que el humor es la materia esencial del humorismo, lo que no siempre es así.

En la literatura humorística me temo que lo único que no puede notarse es la risa del autor: en cuanto el lector percibe que al autor le hace mucha gracia lo que está escribiendo, el asunto deja de tener gracia. Lo mismo ocurre en los *shows* de los humoristas: en cuanto sale al escenario un individuo que se hace el gracioso, para dejarte claro de antemano lo gracioso que es, te entran ganas de releer aquel ensayo satírico de Thomas de Quincey: *El asesinato considerado como una de las bellas artes*, y, a partir de cierta edad, a nadie le gusta volver a lecturas que no fomenten la virtud. Por lo mismo, si lees una novela voluntariamente humorística como, no sé, *Don Clorato de Potasa*, por ejemplo, te pones al borde de la pena negra, entre otras cosas porque la risa del autor se superpone al texto, como si fuese la risa enlatada que suena en algunos programas televisivos, y la ilusión humorística se derrumba: no estás dentro de una ficción autónoma, de una realidad fingida pero asumida por el lector como verdadera, que es la sugestión que propician las buenas construcciones novelísticas, sino que tienes la impresión de estar al lado de un tipo que no para de contar chistes, dándose el caso de que la mente humana tiene el defecto congénito de no estar capacitada —salvo casos de trastorno— para ser receptora de chistes durante más de tres o cuatro minutos seguidos.

En el humor gráfico, por su parte, del que en las páginas que siguen se ofrece una muestra muy nutrida y muy gozosa, cuenta el efecto inmediato, la rapidez de ese efecto, y hay chistes gráficos que valen —gracias a su capacidad de reverberación, gracias a su poder de distorsión— por un tratado de politología, de antropología o de sociología. En su condición de dardo lanzado a la diana de la actualidad, un chiste gráfico puede ser el resumen perfecto de todo un periódico. Su quintaesencia. A veces, incluso puede resumir el sentido de la vida, que para los nihilistas es ninguno y para los optimistas sólo un poco.

Por lo demás, la risa es una, pero sus estímulos son múltiples. Puedes reírte con un soneto satírico —y con mala baba— de Quevedo o con un inocente galimatías de Edward Lear, puedes reírte con una página de humor blanco de Enrique Jardiel Poncela o con una de humor negro de Martin Amis, puede provocarte una sonrisa un poema postista de Carlos Edmundo de Ory o una fábula moral de Iriarte. La risa, ya digo, es la misma, pero el

detonante no, de lo cual se deduce que la risa es siempre floja y poco exigente: le basta, para activarse, con la ironía, con la retranca, con la sátira, con la mofa, con el ingenio, con el escarnio, con la ingenuidad, con un simple juego de palabras... Incluso hay escritores que nos provocan la risa cuando están de muy mal humor y se lo llevan en andas los demonios por las regiones sulfurosas del berrinche.

Comoquiera que me consta, en fin, que nadie está leyendo estas líneas, dado que los prólogos se escriben para que no los lean ni siquiera quienes los escriben, me despido ya, no sin antes dedicar un recuerdo a mi paisano Miguel Valera Hinojosa (1948-2015), que se pasó la vida inventando chistes de los que sólo se reía él, y a veces ni eso, y que gustaba de repetir, con una mueca enigmática, la siguiente frase: «El que quiera reírse que se meta a almirante», aunque les confieso que quienes fuimos sus amigos mantenemos el empeño de desentrañar el sentido oculto de esa extraña recomendación.

La risa. El almirantazgo. Las cosas...